



Balta Lelija

22 de mayo de 2022
Meditaciones sobre el Espíritu Santo (1/14)
“La longanimidad”

“¡Oh Espíritu Santo, Tú, beso del Padre y del Hijo; Tú, dulcísimo y profundísimo beso!” (San Bernardo de Claraval)

Queremos conocerte mejor y aprender a amarte. Por eso, desciende sobre nuestra alma, *“como el sol que, de no encontrar obstáculos e impedimentos, lo ilumina todo; como una saeta encendida, que no se detiene por el camino, sino que llega hasta las últimas profundidades que encuentra abiertas, y allí descansa. Tú no te detienes en los corazones soberbios y en las inteligencias altaneras, sino que pones tu morada en las almas humildes”* (Santa María Magdalena de Pazzis). Ilumínanos en estos días, mientras nos preparamos para la Fiesta de tu descenso, Tú que eres nuestro consuelo y maestro, el Esposo de nuestra alma, nuestro santificador...

“El amor es paciente” (1Cor 13,4)

La longanimidad es un maravilloso fruto tuyo, oh Espíritu Santo, que madura en aquellas almas que te escuchan y no se desaniman en el largo trayecto. Se asemeja a la paciencia, pero la longanimidad se relaciona más con los bienes del espíritu. Abarca la perseverancia y la constancia, y así hace que el alma sea fuerte y capaz de sufrir. Así, la longanimidad crece como fruto de una íntima relación contigo. Es de origen divino, como atestigua el Apóstol Pablo:

“Por eso he alcanzado misericordia, para que yo fuera el primero en quien Cristo Jesús mostrase toda su longanimidad, y sirviera de ejemplo a quienes van a creer en él para llegar a la vida eterna”. (1Tim 1,16)

La longanimidad de Dios nos llama a la conversión. En ella se nos revela su perseverancia, su amor constante, su disposición a soportarnos sin apartarse de nosotros, el mantener su corazón abierto para nosotros aun cuando nos cerramos, el ofrecimiento de su perdón incluso cuando lo rechazamos... ¡Él nunca se rinde; sino que lucha por conquistar nuestro amor e intenta hablarnos!

El amor es paciente...

Y este maravilloso fruto del Espíritu nos llama a que también nosotros practiquemos la paciencia y longanimidad: *“Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia (...) y de paciencia”* (Col 3,12)

Así Tú, Amado Espíritu Santo, quieres que también nosotros lleguemos a ser longánimos y pacientes, que aprendamos a tratar a las otras personas al modo en que Tú lo haces, que estemos dispuestos a perdonar una y otra vez, que mantengamos el corazón abierto, que sepamos soportar a los otros y a veces también a nosotros mismos; que seamos capaces de esperar con perseverancia y nos esforcemos con constancia en practicar el bien...

Amado Espíritu Santo, queda mucho trabajo por hacer: habrá que remover toda soberbia, toda jactancia, toda vanidad y obstinación en querer tener la razón; en fin, todo obstáculo... de manera que tu fruto pueda crecer en nosotros. ¡Gracias a Dios, Tú eres tan longánimo y paciente conmigo!

El amor es paciente...

Te pido que juntos, oh Espíritu Santo, nos pongamos en camino: concédeme un largo aliento y perseverancia. Ayúdame a refrenar mi impaciencia y a no dejarme llevar por mi impulsividad ni por la marea de sentimientos que quiere dominarme inmediatamente. ¡Que te invoque a ti cuando se agote mi paciencia y esté en peligro de volverme injusto! Recuérdame cómo eres Tú conmigo: tan paciente y longánimo.

¡Que tu amor se haga eficaz en mí, para que me convierta en un auténtico testigo de mi Señor! Tú no te contentas con llegar a mí, sino que has sido enviado por el Padre y el Hijo para llevar a plenitud su obra. Tú quieres devolver al camino al hombre que, en tu paciencia, viste extraviarse. Y si Tú eres longánimo, también yo quiero llegar a serlo, para trabajar con perseverancia en la viña del Señor. Fortaléceme cuando yo me canse, adviérteme cuando me descuide, hazme dispuesto a seguirte en todo...